

Volveremos a encontrarnos

CARLOS VIDAL SÁNCHEZ

En la vida de toda persona uno de los valores más importantes es el amor; el sentirnos amados y el expresar el amor a otras personas nos llena de satisfacción. Personas a las que amamos y personas que nos quieren. Por eso, la lejanía de aquellos a quienes queremos nos llena de tristeza: el no verlos, el no poder abrazarlos, el no escuchar sus palabras... Más aún, ese dolor se acrecienta cuando la ausencia se debe al fallecimiento de ese ser querido.

Durante el periodo de la pandemia de la Covid-19, muchas familias han perdido a sus seres queridos y se han visto sumidas en un gran dolor pues, junto a la pérdida, esta se ha producido en una situación en la que se ha

incrementado ese dolor al no poder acompañar ni velar a sus familiares.

Pero, incluso en esos momentos tan difíciles, contamos con un motivo de esperanza y es la promesa de Cristo de que nuestra vida es un camino que no se acaba en la muerte, sino que Él nos llama a la vida nueva y eterna. Nos dice: "Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá" (Jn. 11,25).

Durante estos meses, donde se han vivido momentos muy duros por parte de las familias, el poder contar con un sacerdote y sus oraciones ha supuesto un cierto alivio para esas familias que han sabido agradecer esas palabras.

Dios es la Vida, es nuestro Creador, es nuestro Padre, es Amor y en Él encontramos la esperanza de saber que la muerte no acaba con nuestra vida y, por tanto, no nos separa para siempre de nuestros seres queridos. Volveremos a encontrarnos. Nos dice Jesús: " Que no tiemble vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí; en la casa de mi Padre hay muchas estancias" (Jn. 14, 1-2) Sí, qué grandeza encontrar a Dios y descubrir que Él nos llama a vivir para siempre junto a Él en el Cielo, en esa vida gloriosa en donde, como nos dice San Pablo: "Ya no habrá ni llanto, ni luto ni dolor, sino paz y alegría eternas" y donde podremos vivir ya unidos para siempre a nuestros seres queridos.

Oremos para que descansen ya en paz y en el Amor de Dios.



¡Gracias Dios mío!

Antonio Rubio

No, no estoy dando gracias por lo ocurrido con el Covid-19, sería irracional; las doy porque siento que, en esos momentos de desolación vividos, me escuchó.

Somos conscientes de nuestra fragilidad y de nuestro paso por esta vida, pero siempre queremos "arañar" un poquito más y es muy habitual desear que, cuando nos llegue el último momento en este mundo, sea rápido y no haya sufrimiento.

Esto es lo que yo pedí a Dios cuando mis padres enfermaron por Covid-19: que, si era su momento de abandonar esta vida, fuera rápido y no sufrieran, que no se dilatara inútilmente en el tiempo con sufrimiento cuando ya no hay esperanza. Y sí, me escuchó, primero falleció mi madre en escasos tres días desde que empezó con síntomas y estando sedada el último día. Quince días después falleció mi padre, sin llegar a saber que su esposa ya lo estaba esperando con el Padre, e igualmente, en escasos tres días con sedación el último.

Gracias porque Él siempre escucha si se lo pides con fe y confianza; Él no falla nunca. En la pena hay consuelo, en la esperanza hay ilusión, en la fe hay confianza, en la vida hay alegría. Él hace que te quedes con el 90% de buenos recuerdos, que te hacen mirar siempre hacia adelante con una sonrisa; y no con el 10% de malos recuerdos, que te llenan de culpabilidad, pero que sí que sirven para recordarnos un punto de mejora: que somos humanos y fallamos.

No puedo decir lo mismo de aquellas personas "responsables" que me impidieron no acompañar a mis padres en el tránsito último y despedirnos con un "hasta pronto", juntos de la mano, dejándolos fallecer en soledad. Ellos no escucharon, no tienen esa humanidad y ética que nos aporta la fe en Jesús. Así es, las personas fallamos, Dios no. Por lo tanto, perdonamos sin rencor, pero con la esperanza de que aprendamos de esta desgracia y avancemos.

Enormemente afortunados

Julio Saiz

No ha pasado ni tan siquiera un mes desde que falleció mi padre de Covid-19. Muchos y muy diversos han sido los sentimientos que hemos tenido desde que todo esto empezó.

Desde los primeros momentos de angustia, tras el diagnóstico inicial, los días en los que salíamos del hospital esperanzados por ver, o por querer ver, leves mejorías, que nos hacían recobrar la esperanza pensando en una curación, para sentir la frustración al ver que muchos eran los tratamientos que le iban poniendo pero ninguna la respuesta obtenida. La enfermedad seguía su avance imparable y veíamos cómo, poco a poco, su vida se iba apagando... Lo único que podíamos hacer era acompañarlo y eso hicimos durante toda la enfermedad y, sobre todo, en sus últimos momentos.

Sabemos que somos "enormemente afortunados" por poder haber estado con él y, por eso, le damos gracias a Dios y al personal sanitario por habérselo permitido. Podemos sentirnos afortunados porque, en todo momento, hemos podido tener acceso a los recursos necesarios para poder luchar contra el Covid-19 y sentir que todo estaba hecho, que no quedaba nada más que confiarlo a Dios.

Somos afortunados porque hemos podido sentir el afecto de toda la comunidad rezando por nosotros. No podremos terminar nunca de darle las gracias por haber sacado un rato para rezar y acordarse de nosotros en estos momentos.

Como creyente, pienso que la muerte no es el final, solo un paso necesario para poder volver a Dios y, de verdad, que creo firmemente en esto; pero, aunque esto no elimina el dolor, ni llena el vacío que queda en nuestras vidas, nos ayuda a tener esperanza y que el sufrimiento no es en balde. Espero que Dios acoja el alma de mi padre y la de todos los que han fallecido en esta difícil situación y que consuele el dolor de sus familias.

El adiós en un pueblo pequeño

Parroquia de La Solana

Dolor, lágrimas, tristeza, desgarrro, impotencia... Son algunos sentimientos que hemos vivido en el tiempo de confinamiento. Para una parroquia pequeña como la Purísima de La Solana, una aldea de Peñas de San Pedro, la pérdida ha sido grande en este tiempo. Al principio del confinamiento, llegaba la noticia de la muerte de Juan, pero no por el virus. No poder acompañar a la familia, un responso en el cementerio. Los mensajes de todo el pueblo llegaban a través de las redes sociales. Mensajes desde todos los rincones de la provincia y fuera de ella. El confinamiento se va alargando, las noticias avisan de que la situación será muy dura. Comenzamos a llamarnos por teléfono y a preguntar unos por otros. Es ahí donde, en algunas casas, ya empiezan los síntomas: toses, malestar, fiebre. Tratamos de dar ánimos y comenzamos a preocuparnos. Pasan las horas, los días... Y las cosas no mejoran. Las no-

ches se hacen largas y cuesta dormir. Nos sorprende sin esperarlo la llamada de la muerte de Toribio. Todo es confuso. Al teléfono ya no se pone nadie. Te quedas en shock. Llamadas a otras casas y ahora te contestan desde una cama del hospital, con dificultad para respirar. ¡Qué dolor, lágrimas! Y todo, en pocas horas, Josefa se nos va. Y su casa y los suyos se quedan en

soledad. Pero no queda ahí, Carmen también se encuentra mal y, siendo ella fuerte y con ganas de vivir, nos deja en esos días. Este fin de semana podremos hacer su funeral.

Miedo y prudencia se apoderan de la pequeña comunidad. Más enfermos y personas con síntomas. Y la oración no deja de multiplicarse. ¿Cómo estar cerca en la distancia? Toca ahora reavivar la esperanza.

El funeral por la víctimas del Covid-19 en Albacete será el próximo viernes



El próximo viernes, día 17, a las 8 de la tarde, en la Catedral, el obispo de Albacete, D. Ángel Fernández va a presidir el funeral diocesano por todas las víctimas del coronavirus.

Hasta el momento son 117 familias las que han comunicado su deseo de asistir enviando un correo electrónico a catedral@diocesisalbacete.org y tendrán un sitio reservado en la Catedral. Una celebración que se podrá seguir en directo a través de Visión seis televisión y las redes sociales de la Diócesis de Albacete.

LA PALABRA

1º: Is. 55,10-11 | Salmo: 64
2º: Rom. 8,18-23 | Evangelio: Mt. 13,1-23

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó, y la gente se quedó de pie en la orilla.

Les habló mucho rato en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. El que tenga oídos que oiga.»

Una señal de generosidad

DIEGO F. HERRERA



En el Evangelio, siempre encontramos algo novedoso y sorprendente. En este domingo, escuchamos la parábola, del sembrador. Por medio de esta parábola se nos invita a reflexionar sobre la importancia y el significado de la palabra de Jesús.

Cuando habla Jesús a la gente, utiliza muchas parábolas; no era tanto por adecuarse a la manera de hablar de la gente sencilla, sino en un lenguaje comprensible a todos, tomando imágenes de la vida cotidiana y de la propia naturaleza, ya que las parábolas contienen un significado que se abre sólo a los sensibles a la verdad y a la lógica del Reino de Dios. Jesús siempre propone, nunca impone porque, quien no tiene deseo de apertura a la novedad, la parábola simplemente queda en un cuento ingenioso, pero insignificante.

La parábola del sembrador es una señal de generosidad en la no se guarda nada de la semilla, se esparce toda, en toda clase de terreno. Es una actitud del agricultor, que sabe confiar y esperar, que siembra con esperanza e ilusión de completar una cosecha abundante, a pesar de experimentar el cansancio y la desilusión en las adversidades en la espera de la cosecha.

Hoy vivimos momentos y tiempos de lo inmediato, de recibir frutos al instante, ya que nos hemos acostumbrado al menor esfuerzo pero con la ambición de alcanzar grandes resultados (frutos). Es, por tanto, que la inmensa mayoría de las personas ya no luchan por “ser”,

sino por el “tener”. Ya no encuentran ilusión por llenar sus vidas de grandes ideales, sino por ocupar solo un sitio. Por eso, la palabra de Jesús nos anima a buscar en la lucha y la perseverancia lo que el Señor nos propone: una vida nueva, seguir luchando, vencer el viento, las durezas de las piedras, las espinas que encontremos..., a pesar del cansancio del camino.

Frente a esto, Jesús vuelve a hablarnos, por medio de esta parábola del sembrador y para poder responder o no a su Palabra. Jesús es el sembrador, la Palabra de Dios es la semilla. Una semilla que está destinada a producir frutos; no simplemente a tirarla, sino que la cosecha sea abundante.

Ante la Palabra de Jesús, se producen distintas actitudes, como nos lo presenta la parábola, tres terrenos improductivos:



Hay quien tiene el corazón duro como el suelo de la tierra apisonada del camino. Corazones insensibles, egoístas, orgullosos. No tienen lugar para la palabra de Jesús y los valores del Reino de Dios. Así viven muchas personas que ven en el Evangelio un camino de débiles y vencidos. Viven su vida con independencia, autosuficiente, al margen de Dios.

Otros tienen un corazón inconstante, que se entusiasma al instante y al momento se desanima en las primeras dificultades. Es el lugar pedregoso, que, con poca tierra, la semilla brota pero no puede profundizar las raíces. En ello, vemos la realidad de tantas personas que ven en Jesús una propuesta de vida y salvación y se abrazan a ella pero, rápidamente, pierden la determinación y se quedan en medias tintas, no lo toman muy en serio, lo dejan de lado cuando no gusta. No se interioriza la Palabra, se oyen sólo las cosas fáciles y agradables pero no las duras y que nos parecen costosas.

También existen personas que tienen un corazón materialista, que dan prioridad a las riquezas y a los bienes del mundo. La Palabra de Dios se vuelve innecesaria y sin importancia para las preocupaciones que van relacionadas con este tipo de éxito. La Palabra de Jesús es sofocada por esos otros intereses dominantes.

El último terreno, es bueno y muy productivo porque hay quienes escuchan y proclaman auténticamente la Palabra de Dios. Son personas que aceptan el mensaje de Jesús, lo hacen suyo, tienen un corazón disponible y bueno, abierto a los desafíos de Dios y hacen del mensaje el centro de sus vidas. Ya que en la propuesta de Jesús han encontrado un camino de liberación y de vida plena, han aceptado hacer de su vida una entrega a Dios en el trabajo con y para los hermanos. Este es el ideal de todo discípulo y es esta la propuesta que el Evangelio de hoy nos invita a acoger, la Palabra de Jesús.